



Teología de la Liberación, Tres Enfoques

Los problemas que aquejan la teología de la liberación ya no son sólo del interés de los especialistas. Fruto de ello es el número público que en días pasados llegó al taller de actos de la Universidad de Chile. "Ahora, para sentir a una mesa redonda sobre el tema. Participaron Fernando Moreno, Doctor en Ciencias Políticas y Sociales por la Universidad de Lovaina; José Miguel Iñiguez, Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Madrid; y Joaquín García-Huidobro, abogado e investigador en Filosofía Política. Las exposiciones fueron seguidas de un breve diálogo entre los presentes, tras lo cual respondieron las preguntas del público.

Inicio la sesión Fernando Moreno con una introducción histórica, seguida de una explicación acerca del fenómeno de la "teología popular".

Génesis de la Teología de la Liberación

Hacia el año 1960, Gustavo Gutiérrez, teólogo peruano padre de esta corriente de pensamiento, comenzó a pensar una nueva manera de hacer teología. A diferencia de la teología tradicional, ésta debía elaborarse a partir de una "experiencia", de una praxis que llevara a privilegiar al pobre contra el rico en la lucha de clases.

Un par de años después tiene lugar la Conferencia de Medellín. Allí participa Gutiérrez. Desde ese momento, hacia Puebla (1979), Medellín es permanentemente invocada como fuente y norma de los teólogos de la liberación. En este documento se encuentran algunas nociones no del todo precisadas, lo que resulta explicable porque hasta entonces no habían sufrido la manipulación de que después fueron objeto. En el caso de términos como "educación liberadora" y "comunismo". Esto último se pasa a entender como tema de conciencia en el conflicto, de acuerdo con la filosofía de Paulo Freire. También se emplean los conceptos de comunidades eclesiales y teología de base (precisadas las primeras y rechazadas las segundas por Pablo VI) y la noción de "violencia institucionalizada".

Los teólogos de la liberación tienden a justificar la violencia revolucionaria extendiéndola como "construccionista". Se trataría de una defensa más o menos espiritual, que en sí mismo es reprobable.

Como hitos importantes, el profesor Moreno señaló la aparición de "Teología de la liberación" (1971), obra de Gutiérrez que constituye un clásico central y a la vez manifiesto de esta nueva pensamiento. En julio de 1972 se realiza el encuentro del Euzkari, "seminario de estudio de la teología de la liberación y los cristianos por el socialismo". Este movimiento —que presenta importantes similitudes con la teología de la liberación— se manifiesta en Santiago (abril de 1972) y fue reprobado por el Episcopado chileno en documento publicado en octubre de 1973, donde se prohíbe la pertenencia a dicha agrupación por exponer a principios fundamentalistas de fe.

Desde 1975 comenzó a aparecer una "segunda generación" de autores liberacionistas (Leonardo y Chabela Buff, José Salazar y otros). Su particularidad es que "van a aportar a la teología de la liberación la fundamentación teológica que le faltaba y no se había otorgado", elaborando una Cristología y una Eclesiología. Esta generación, sin abandonar a Marx, ha añadido a Hegel, al neomodernismo, e incluso a la heresia modernista que el Pío X condenó a comienzos de siglo. Es la única más radical que la primera.

A continuación, el expositor se detuvo en explicar la actitud de estos teólogos ante la Conferencia de Puebla, de la cual han tomado su opción (preferencial, dice el documento) por los pobres, interpretándola como una opción en la lucha de clases contra los ricos.

Teología Popular

El diagnóstico que la literatura liberacionista hace de la Iglesia, según Moreno, es tremendamente negativo. La Iglesia estaría comprometida con los "poderes", con el poder

económico y el poder político capitalista. Sería una Iglesia "burguesa" e incluso una "antiteología".

Frente a ella plantea una Iglesia "proletaria", nutridora del término profeta a la sola dominancia del sistema capitalista "por ser capitalista". Desde allí debe reconstruirse la Iglesia, como lo expresa el título de un libro de Buff: "Eclesiología". Las comunidades de base representadas como "proletarias". El pobre sería el oprimido, el explotado del fruto de su trabajo, con lo que se lo reduce no sólo al "poder teológico" sino a una clase social particular, definida en los términos de Marx, a cuya filosofía la teología de la liberación recurre para codificar sus juicios.

La concepción que tienen de la Iglesia está las "hipótesis" por la vía marxista, que Gustavo Gutiérrez llega a servir de Althusser, el autor más radical del marxismo contemporáneo —en Chile—, para hablar de la unidad de la Iglesia (o destrucción), entendida como un todo que debe desaparecer.

José Miguel Iñiguez abordó en su exposición la forma y grado del infatigable marxista en los teólogos de la liberación. Afirmó que ninguno de estos teólogos asume el marxismo a secas, lo que muchos pretenden de hacer según el método de análisis social y de interpretación histórica del marxismo —la dialéctica de la lucha de clases— con exclusión expresa del existencialismo y del cristianismo. Además, sin embargo, que ni el más cuidadoso de ellos consigue evitar que la dialéctica interna del método dialéctico lo arrastre a conclusiones marxistas, expresadas bajo apariencias teológicas. Y es que la separación entre "teología" y "sistema" en el interior del marxismo es altamente problemática. Al respecto citó a autores marxistas y no marxistas que declaran imposible tal separación, lo que coincide plenamente con la "herencia" de la Santa Sede, para la cual el "carácter totalitario" del pensamiento de Marx hace imposible tomar su método y aplicar las conclusiones del sistema.

Iñiguez Langlois enfatizó el aspecto radical de la dialéctica marxista: que la historia lo es todo, que no hay más historia ni superhistoria en el mundo del hombre; en verdades eternas ni principios morales que vengán de la trascendencia ni reglas posteriores a la historia. La dialéctica temporaliza la totalidad humana, y por eso las primeras intenciones de los teólogos que acepten la dialéctica de la lucha de clases para pretenden ajustarla a la transcendencia del Reino de Dios carcer de lógica. La lógica interna de su método, como señala la Instrucción, a identificar el Reino con la historia, a sustituir a Dios, con las consecuencias previsibles: las virtudes teológicas de la fe, la esperanza y la caridad terminan por perder toda referencia divina para hacerse relativas al mero futuro histórico, la fe se convierte en algo radicalmente político, y la religión "para" de la burguesía —en el fondo toda religión que no sea la teología de la liberación— con bajo el eslogan marxista de "opinión del pueblo".

Por otra parte, afirmó dos antagonismos radicales —el del Dios y el Mal a partir de la teología, y el de la burguesía y proletariado a partir de la dialéctica— cuando a una suposición que desde el marxismo: todo refugio proletario es falso, todo refugio burgués es pecaminoso. José Miguel Iñiguez señaló la identificación entre el "pueblo" de la Escritura y el "proletariado" de Marx, para mostrar su profunda heterogeneidad. Los autores o autores de Teología y los autores o autores de espíritu social y existencial no representan una categoría esencialmente económico-social, sino ideológico-política. Y el "proletariado" de Marx tampoco representa una categoría económico-social de naturaleza empírica, sino una categoría metafísica y aun metafísica de signo radicalmente opuesta a la Escritura: la imagen mesiánica del hombre autorrevelado por la lucha de clases.

Por último, el expositor abordó en las conclusiones prácticas del esquema dialéctico, sobre todo la necesidad de radicalizar la lucha de clases hasta en punto de guerra o revolución, lo que requiere las soluciones pacíficas del conflicto social —por armista y negociación de intereses, como pide la doctrina moral de la Iglesia— el orden de las ideas alienantes que hacen el juego a los oprimidos. Algo análogo



Fernando Moreno

José Miguel Iñiguez

Joaquín García-Huidobro

ocurre con los sacramentos —que sólo se mantienen a costa de inventar su existencia— y con la propia divinidad de Cristo, que se dice en un signo histórico de la lucha por la liberación, quedando en su lugar —cuando no son abiertamente negados— sus atributos superhistóricos como Verbo de Dios encarnado.

Título y Política

Frente a las concepciones de la Antigüedad, que tienden a hacer de lo religioso una función política o viceversa, García-Huidobro destacó la distinción que aporta el cristianismo a la filosofía política: ella reside en afirmar la existencia de dos órdenes, temporal y espiritual, en los que el hombre desarrolla su acción. Su gobierno ha sido cuestionado por la voluntad divina a dos potencias diversas, la religiosa y la civil.

El orden espiritual representa lo que en el hombre hay de eterno. En él se desarrolla la "historia de la salvación". Es el "Reino" del Reino de Dios que, aunque situado aquí en la tierra, sólo alcanza su plenitud en un más allá de ella. El orden temporal está más vinculado con lo que en el individuo hay de perecedero. En él se originan las estructuras políticas y sociales, cuya historia es la "historia profana". Su progreso no consigue por sí solo el mejoramiento del hombre.

Para la teología de la liberación, esta distinción es fruto de la "tentación de buscar la plenitud y la salvación fuera de la historia y no profundamente en ella" (J. Iñiguez). Considera que no hay "dos historias", una profana y otra sagrada, sino sólo "en proceso salvífico único y global", que lo que "sin acontecimientos históricos liberales no hay crecimiento del Reino" (G. Gutiérrez). La liberación política parece ser condición y causa de la liberación religiosa.

En esta confusión de los planes privilegia el más bajo —el profano—, atribuyendo a la política un carácter salvífico (los pobres "evangelizan libertando") y el papel de radicalizar todos los ámbitos del quehacer humano. Así asumen la tesis de Gramsci, padre del encarnamiento: "Todo es político, que los hace proponer una relectura esencialmente política de los textos". Interpretando el Nuevo Testamento a la luz del Antiguo (el criterio correcto es el inverso) y reduciendo a éste a un puro acontecimiento de liberación política y social.

De este modo, su actividad —"teopolítica"— se dirige a luchar por obtener un poder que les permita realizar los cambios que den término a la sociedad capitalista. "La liberación de toda forma de explotación —dice Gutiérrez—, la posibilidad de una vida más humana y más digna, la creación de un hombre nuevo, pasan por esta lucha".

Mal y Estructuras

La tentación de atribuir el mal a circunstancias externas al hombre —como el García-Huidobro— ha estado presente desde antiguo. El pensamiento de algunos autores de la antigüedad radicaba el mal en la materia; los fariseos son otro ejemplo de moral "exterior" frente a los cuales el cristianismo enfatizó la interioridad personal del bien y el mal morales. Pero a ello, tales opiniones se han mantenido como una constante, para renovar la raíz de muchas desventuras se halla en la evidencia social, mientras que para Marx el "pecado original" estaría en la apropiación privada de los medios de producción. La teología de la liberación viene a situarse en esta misma línea. Según su fundador, "el pecado se da en estructuras opresoras, en la explotación del hombre por el hombre, en la dominación y encierro de pueblos, razas y clases sociales". Más que "pecado a Dios", se trataría de la resultante de una situación alienada: la del sistema capitalista, "reino de discriminación, de la violencia y de la muerte".

Para ellos, la liberación del hombre exige una previa liberación política. Esta es vinculada a la construcción del socialismo, el cual respondería a un "movimiento histórico e ineludible". Tales fuerzas estructurales esgrimirían al "hombre nuevo".

Concluyó su exposición comentando algunos pasajes de la reciente Instrucción sobre el tema. Las estructuras sociales, antes que causas, son una consecuencia del libre albedrío del hombre. La inversión entre moralidad y estructuras confiere una antropología materialista, que refutaba el mal a la pertenencia a una clase y busca lograr el cambio de los hombres en forma mecánica, como resultado de unas estructuras y sin tener en cuenta la libertad del sujeto. Así, las consecuencias a que se llega terminan por traspasar la causa que originalmente se quiere servir.

Doctrina Social

En el diálogo final se comentó la forma en que la teología marxista de la liberación alinea a la doctrina social de la Iglesia. Según los autores de esta expresión "socialista", dicha doctrina generaría de la ilusión de un posible compromiso en la lucha entre burgueses y proletarios. Esta ilusión es propia de las clases medias que no tienen destino histórico", afirman.

Quizá por el contrario, se señaló, el conocimiento de esta doctrina es el gran "antídoto" contra la sencilla liberacionista y propiciatoria de ideas que deben tenerse en cuenta para resolver los problemas sociales y construir adecuadamente a las preguntas que la teología de la liberación mal responde.

T. C.

Teología de la liberación, tres enfoques [artículo] T.C.

Libros y documentos

AUTORÍA

T. C

FECHA DE PUBLICACIÓN

1984

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Teología de la liberación, tres enfoques [artículo] T.C.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile